

“Y YO, ¿DÓNDE ESTABA ENTONCES?”. INFANCIA, MEMORIA Y DICTADURA

VALERIA LLOBET

VALERIA LLOBET: Doctora de la UBA, mención en Psicología. Posdoctora en Estudios Sociales, Infancia y Juventud, CINDE-Manizales, Colegio de la Frontera Norte, y PUC San Pablo. CONICET / UNSAM. Profesora Adjunta, Escuela de Humanidades UNSAM. Coordinadora del Programa de Estudios en Infancia y Juventud, CEDESI.

Correo electrónico: valeria.s.llobet@gmail.com

RESUMEN

El artículo tiene base en una investigación sobre relatos biográficos de 48 personas que fueron niños/as durante la última dictadura. Se problematiza la experiencia de niños/as cuyas familias no tenían trayectorias militantes de izquierdas, los supuestos “niños comunes”, utilizando la memoria como pivote para analizar la relación entre infancia, subjetividad y poder.

La pregunta central podría enunciarse como ¿de qué modos es posible recuperar, en las formas de historización personal, la interpelación a padres, tíos, abuelos, por su posible responsabilidad en el pasado? ¿Cómo recuperar las formas en que es posible rastrear sombras de continuidad entre las posiciones políticas cotidianas y el discurso autoritario y las prácticas represivas?

PALABRAS CLAVE:

Subjetividad | Narrativa biográfica | Infancia | Vida cotidiana

ABSTRACT

The current paper is based in a research on 48 biographical narratives by people that where children during the last Argentinean dictatorship. The article is focused on the experiences of children whose families were not politically actives among the leftist groups, that is, “common children”. Memory is, therefore, a pivot that allows us to analyze the relationship between childhood, subjectivity and power.

The main question could be stated as how it is possible to uncover the interpelation to parents and relatives for their possible responsibility in the past, in the personal historical narrative? How one could understand the continuities between political views in the everyday life and the authoritarian discourse and the repression?

KEYWORDS:

Subjectivity | Biographical narrative | Childhood | Everyday life

INTRODUCCIÓN

Este trabajo procura ser un ensayo sobre la memoria de la experiencia infantil durante la última dictadura militar argentina. Con base en una investigación sobre relatos biográficos de 48 personas que fueron entonces niños y niñas, presentaré aquí una discusión teórica sobre los términos centrales, esto es, infancia y memoria, y su relación.

La memoria enclava la identidad, esa subjetividad históricamente definida (Scott, 2001), en la historia, en la tensión entre el recuerdo y la interpretación que se apoya en los marcos de sentido del presente. ¿Por qué, entonces, la pregunta por la infancia “común” durante la dictadura, enunciada ahora? Walter Benjamin, en sus “Tesis de Filosofía de la historia”, señala que “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro” ([1968] 2010:62). La evanescencia de la cognoscibilidad sitúa los bordes de la pregunta mediante su contexto de emergencia. Hoy es, en tanto tiempo presente, un tiempo relativo y móvil. Es tanto el tiempo político compartido como el tiempo generacional. El trabajo de la memoria entra así en diálogo con el presente, con los debates políticos actuales, con el “estado de cosas” en relación con la memoria del pasado reciente.

El motor de la pregunta emerge de esa convergencia, en donde hay un trabajo subjetivo y un trabajo político. El recorrido que motivó esta investigación es, claro, una pregunta personal y una inquietud política y existencial generacional. ¿Cómo repensar la vida cotidiana en un pueblo marcado por la presencia del ejército en los hechos más nimios, remisos a ser clasificados como “traumáticos”? Aún así, esa presencia, ¿en cuánto constituía o determinaba nuestras vidas? ¿Cuándo, en efecto, comenzó la dictadura para las y los niños de entonces, entre quienes me contaba? ¿De qué maneras se inscribió la dictadura en la vida cotidiana de los niños y niñas cuyas familias no tenían activa militancia social ni política o no contaron con víctimas directas entre sus miembros? ¿Qué constituía “lo dictatorial” de los escenarios institucionales, los espacios públicos —la calle, la plaza, el barrio— y las relaciones sociales? ¿Qué trabajos impone tal contexto dictatorial a los procesos de producción de subjetividad e identidad? Son estas las preguntas que delinear el campo de sentidos en que se desplaza este texto, cuya inquietud central enfoca en las inscripciones de la experiencia de autoritarismo y violencia institucional en los procesos de subjetivación y socialización.

Quienes fueron (fuimos) niños y niñas entre 1976 y 1983 construimos escenarios de infancia en los que la dictadura se constituyó como algo “familiar”. Asimismo, el proyecto dictatorial se dirigía a modelar a estos sujetos —los niños “normales”, “comunes”— utilizando una batería de estrategias minuciosas y unos dispositivos culturales cotidianos que excedían el recurso exclusivo al terror. Desnudar la multivocidad de experiencias infantiles reconstruyendo lo común y lo singular, revisando las trazas del autoritarismo en el gesto mínimo y el contexto inesperado, visibilizar por fuera de las categorías de trauma y víctima las prácticas de producción de subjetividad y aquellas dimensiones vivenciales o experienciales que se recortan como motivos o analizadores, revisando su lectura en una temporalidad doble (biográfica y social) y compleja, constituyen las aristas centrales a problematizar aquí.

El estudio de la experiencia infantil durante la última dictadura militar, ha comenzado a ser abordado desde el punto de vista literario y cinematográfico a partir de los testimonios y estudios de niños y niñas en familias militantes. El dilema de la transmisión de la desaparición en el seno de la familia sobreviviente, la construcción de la identidad a partir de la devastadora experiencia de la desaparición de los padres, el carácter sistemático y programado del secuestro de los hijos e hijas de las familias construidas como el enemigo político por la dictadura, constituyen dimensiones centrales a estas investigaciones. La experiencia devastadora de la desaparición de los padres da basamento a preguntas sobre cómo se transmitió lo imposible de narrar y simbolizar, qué trabajos subjetivos impone la desaparición de uno o ambos padres o el exilio temprano, de qué maneras estas experiencias subjetivas conforman un sujeto político, una biografía, dan forma a la memoria colectiva, establecen

posiciones de enunciación sobre el pasado. Gabriela Fried (Fried, 2011), por ejemplo, enfocó en la transmisión intrafamiliar de la desaparición y Gabriel Gatti (2008) analizó el impacto identitario de la desaparición desde la perspectiva de ser hijo de desaparecidos, ambos para el caso uruguayo.

El carácter excepcional de estos predicamentos es precisamente su peculiaridad política. Esto es, se trata de experiencias extremas, cuya dislocación respecto de la violencia cotidiana no es sólo cuantitativa. La estrategia dictatorial implicaba dos tipos de accionar, uno dirigido al “enemigo interno”, consistente en la represión directa y la apropiación de identidad, otro destinado a controlar la vida cotidiana y producir los tipos de sujetos que encarnaran los valores nacionales que la dictadura procuraba oponer al “marxismo apátrida internacionalista”.

En tal sentido, y en diálogo con las recientes exploraciones sobre el pasado dictatorial que ponen el foco en la vida cotidiana, parece útil incorporar una discusión sobre aquellos sujetos que la dictadura procuraba formar: los “niños comunes”. Esta pregunta no ha sido abordada desde los estudios de historia reciente ni desde el campo de estudios de infancia –al menos hasta donde he logrado explorar. Entre los escasos trabajos previos sobre la vinculación entre memoria e infancia¹, Carli señala la pertinencia de una perspectiva que permita historizar la infancia reconociendo los cambios en los vínculos intergeneracionales, “de tal manera que el relato histórico articule los componentes heterogéneos del vínculo entre pares, generaciones y sectores sociales, en un mismo tiempo histórico y dé cuenta del difícil entramado entre aspectos sociales, económicos y culturales en la vida infantil” (2012:11). La memoria de la inmigración durante la infancia, es a su vez útil como medio para indagar sobre la subjetividad y el sentido de la historia (Bjerg, 2012).

Es decir, no se ha avanzado en problematizar la experiencia de niños/as cuyas familias no tenían trayectorias militantes de izquierdas, que no obstante, constituyen los sujetos a los cuales la dictadura procuraba directamente modelar. Más que ahondar en una problematización de la memoria como dispositivo retórico y como instrumento de la investigación histórica, la memoria aquí es un pivote para desplegar una pregunta por la relación entre infancia, subjetividad y poder.

En efecto, la inscripción de la memoria en el terreno de la subjetividad permite una mirada sobre los modos de presentación y construcción de sí por la relación que el sujeto quiera establecer entre su posición y los hechos narrados, habilitando una pregunta por lo infantil, territorio siempre mítico y densamente simbólico. ¿Cuáles son los lugares de “lo infantil” desde el punto de vista biográfico, para pensar la subjetividad? Es decir, procuro articular una pregunta que excede el posicionamiento singular para conectar los horizontes compartidos de un momento histórico y de un grupo social, problematizando, espero, los modos de comprensión teórica de lo infantil.

DILEMAS DE LA MEMORIA EN CLAVE GENERACIONAL

El abordaje en clave generacional de estos temas ha tenido en su centro la noción de “post-memoria” (Hirsch, 2008). Con ella, Marianne Hirsch hace referencia a la memoria de la generación siguiente a la que protagonizó los acontecimientos, haciendo foco en el carácter “mediado” de los recuerdos. Esto es, los hijos de los sobrevivientes (en su caso, del holocausto) “recuerdan” lo no dicho de la experiencia materna o paterna a partir de los fragmentos mediados por objetos tales como fotografías. Autoras como Ros (Ros, 2012) por su parte señalan a quienes eran demasiado pequeños para haber sido “protagonistas activos” de la violencia revolucionaria o represiva, como “generación post-dictadura”. Del mismo modo, Susana Kaiser (Kaiser, 2005) enfocó en las postmemorias del terror a partir de la selección de jóvenes de la “generación post-dictadura” en Argentina.

En las categorías de “postmemoria” y “generación post” usadas en estos trabajos, la generación y el

1.- Los trabajos sobre la memoria infantil de procesos tales como la guerra o la dictadura, son igualmente aún un campo emergente tanto en la historia como en los estudios de infancia. El trabajo de Emmy Werner, en *“Through the eyes of Innocents: Children Witness World War II”* (2000) constituye uno de los pioneros en explorar, desde el punto de vista infantil, las formas en que los niños/as experimentaron “tiempos extraordinarios”.

carácter de la experiencia aparecen como centrales. Voy a detenerme en ambos aspectos. Hirsch señaló que la postmemoria es una “poderosa y particular forma de memoria precisamente porque su conexión con su objeto o fuente es mediada no mediante la rememoración sino mediante un investimento imaginativo y creativo” (1997; 22). Radstone (Radstone, 2008) a su vez, en tren de señalar la importancia de lo que denominó la estética ética de la postmemoria (enraizada en el carácter menos espectacular que los testimonios centrales de los estudios de memoria) desliza lo que –creo– está en el centro del problema, esto es, quién puede testimoniar: “tanto si el testigo es comprendido como lector / escucha / espectador o como un constructor interno a textos testimoniales o discursos, es su carácter de testigo lo que habilita el testimonio” (2001). Por su parte, Serpente (Serpente, 2011) en su estudio sobre “segunda generación” de exiliados chilenos y argentinos, señala que la postmemoria permite dilucidar la imposibilidad de representación de un pasado traumático y la transmisión de su memoria en la unidad familiar.

No obstante su extenso uso, la utilidad y novedad de tal concepto se hallan en discusión. En efecto, ya Halbwachs (Halbwachs, 1992) había señalado el papel central de la memoria y la transmisión en la producción de la continuidad y la identidad familiares, al igual que es señalado mediante las nociones de proceso identificatorio (Aulagnier, 1986) y novela familiar en psicoanálisis, que harían de toda transmisión intrafamiliar un proceso en el que lo no dicho y la creación imaginaria son dinámicas centrales en el establecimiento de las memorias compartidas.

En su crítica a esta noción, Sarlo (Sarlo, 2007) por su parte señaló que desde su punto de vista, el concepto no aporta ninguna particularidad que no esté ya contenida en la propia conceptualización sobre la memoria. Esto es, el carácter fragmentado de las narrativas, la necesaria mediación entre el relato y los hechos, y el carácter subjetivo del recuerdo son rasgos de la memoria per se. Para ella, las variaciones entre formas de interpretación del pasado se explican mejor por las pertenencias sociales y las relaciones familiares con la militancia, antes que en la distinción generacional.

La pregunta subyacente –qué habilita el testimonio– persiste, creo, en tanto sus consecuencias éticas no son abordadas por la crítica de Sarlo. Quién puede considerarse legítimamente concernido más allá de la participación directa como víctima, y la consecuente construcción de una segunda generación testimoniante, están en la base del planteo de Hirsch. El testimonio, como ofrenda intergeneracional que busca justicia y memoria, se da en un espacio público. La narración del pasado, igualmente intergeneracional, busca la preservación de la memoria pero no necesariamente requiere de un acto de justicia. Las narrativas recuperadas en la investigación de la que hace parte este artículo se conciben como testimonios en el sentido subjetivo, pero son tratadas como narrativas, y no testimonios en el sentido político y ético. Por lo mismo, no se trata, desde mi punto de vista, de postmemorias.

Tampoco se trata, debo decir, de una generación postdictadura². La idea del concernimiento también está presente en esta noción, junto con una idea de actores principales del conflicto histórico. No obstante, niños y niñas constituyeron para las políticas culturales dictatoriales, un objetivo central, como señalé al inicio. Las reformas culturales y educativas procuraban crear los nuevos ciudadanos, apropiados y diferenciados de los “enemigos de la nación”.

En todo caso es posible, mediante una exploración crítica del supuesto de la mediación adulta respecto de la experiencia política infantil, explorar las formas de redefinición de la agencia política infantil, problematizando la idea de una distribución del poder y lo político que sólo traspasa las puertas del hogar de la mano de la crítica feminista, y claro, no llega a desnaturalizar la suposición de una clara y taxativa distinción entre mundo adulto e infantil.

2.- Agradezco a Isabella Cosse especialmente haberme alertado sobre el deslizamiento que involucra este planteo.

El uso del rumor para expresar el paradójico des/conocimiento de hechos represivos, las repeticiones de lugares comunes –tales como la seguridad y tranquilidad con que se vivía en la época– que inmediatamente son desmontados o contradichos en las narrativas de los sujetos entrevistados, y el también paradójico lugar de lo infantil en tales memorias –como tiempo de felicidad, seguridad y protección que se desenvuelve en tensión con la dictadura– permiten aventurar interpretaciones sobre el lugar central de los niños y niñas en la extensión y productividad de la vigilancia y el control dictatorial sobre la vida cotidiana (LLobet, 2014). Lo íntimo familiar, el ámbito de lo privado, lejos de ser un refugio aparece como un escenario complejo y dinámico cuya politicidad excedía largamente el debate ideológico entre izquierdas y derecha, para imbricarse con dimensiones morales con las que conducir el comportamiento infantil.

Por ello, a pesar de las múltiples críticas que los distintos enfoques sobre la noción de generación han tenido, me interesa rescatarla aquí en tanto señalamiento de una (posible) experiencia histórica compartida por una cohorte. En tal sentido, la identificación de la generación es dependiente de la situación que se considera relevante –haber realizado parte de su escolarización primaria durante la dictadura– y no se deriva de un comportamiento supuestamente definitorio o un tipo específico de grupo de edad, como señalara la clásica crítica de Febvre respecto del uso de la categoría generación (Spitzer, 1973). Ello implica que los sentidos que adopte tal espectro de experiencias son plurales y a priori desconocidos. Implica también que el uso de la categoría es antes descriptivo que heurístico.

En este contexto, la vida familiar cotidiana, los espacios públicos, los rituales cotidianos, las relaciones sociales, emergen como una espesura en la que se desarrolla la experiencia infantil durante la dictadura. Esto es, las vidas de aquellos niños cuyas existencias no se vieron dramáticamente afectadas, pero cuya experiencia subjetiva se desplegó en esa contingencia histórica y se resignificó con el develamiento que supuso el retorno democrático y el posterior enjuiciamiento. Las dimensiones de seguridad / protección versus riesgo y peligro, constituyen un tamiz a partir del cual reconsiderar lo perdurable de la experiencia y su eficacia presente.

LA MEMORIA DE LA INFANCIA COMO TRABAJO POLÍTICO.

La inscripción de la experiencia infantil en un contexto sociohistórico específico presenta el problema de la intergeneracionalidad, así como de su trama en el tiempo histórico. El carácter imponente de la violencia política y el carácter datado del estado dictatorial pueden hacernos perder de vista las continuidades y discontinuidades más sutiles que persisten en recodos singulares y biográficos.

El amplio debate contemporáneo alrededor del pacto autobiográfico, da cuenta de la inexactitud de la distribución de ficción – veracidad histórica en torno a una frontera tan porosa como lo es la narración (auto) biográfica en clave de memoria. Exige comprender que todo relato supone una dimensión creativa (de Certeau & Giard, 2003) aún cuando el mismo no se desprenda de los hechos que intenta narrar. En el trazado de tal frontera, el policamiento metodológico de la atribución de verdad es complejo y, como señalara Alessandro Portelli (Portelli, 2007), conviene recordar que la historia oral, cuya fuente verídica es el relato de la experiencia de un sujeto, es una puerta a la subjetividad y no a una narración sobre “los hechos”. La memoria hace presente al pasado (Traverso, 2011) y presenta, en su lógica narrativa, la rugosidad subjetiva de lo vivido, sin desentenderse del mundo social.

En su maravilloso trabajo sobre la masacre de las Fosas Adreatinas, Alessandro Portelli se pregunta dónde comienzan las historias: “El inicio de una narrativa perturba el orden, un final lo restaura³” (Portelli, 2007, p. 12). El relato sobre la experiencia infantil durante la última dictadura, huelga decirlo, no inicia el 24 de marzo de 1976, y no termina el 10 de diciembre de 1983. Para algunos, la narración de lo dictatorial comienza con la visión de los funerales de Perón en 1974. Para otros aún antes, con la masacre de Ezeiza. Aún otros articulan su

3.- Trad. ppia.

relato alrededor de hechos nimios que cobran una significación poderosa, al tiempo que se desentienden de la cronología del relato: un parroquiano en un bar que insultaba la imagen de Videla en la televisión cuando éste aún era presidente sirve hoy como pivote para desplegar la emergencia del carácter dictatorial del contexto. La insospechada valentía de una madre, por lo demás desentendida de la política y de los hechos del gobierno dictatorial, que prestó su hogar a la realización de un servicio de los Testigos de Jehová a escondidas para sortear las prohibiciones que pesaban sobre ese culto, levanta la complejidad de las relaciones entre el saber, la resistencia y el consenso. Todavía para otros, la dictadura empezó a cobrar consistencia cuando terminó, en la alegría del 30 de octubre de 1983, o ya entrado 1984 y el descubrimiento de la ausencia de destacamentos de Gendarmería y sus permanentes requisas en una ruta de frontera. Las tramas explicativas por otra parte, se extienden a los bombardeos sobre Plaza de Mayo en 1955, a la noche de los Bastones Largos, a la caída de Allende en Chile, o aún más atrás mediante los puentes que trazaba el temor en la memoria de los abuelos, que mezclaba a la dictadura con el nazismo y sus campos de exterminio.

Estas tramas de sentidos son potentes, imbrican profundamente la experiencia y la memoria infantil con la historia social y política. Contribuyen a dar consistencia a la idea de generación y recortan la multitud de formas que adopta lo dictatorial.

FILIACIÓN, BIOGRAFÍA: TRABAJOS DE LA MEMORIA

La memoria, inscrita en la tensión política entre pasado y presente, requiere de un trabajo de reinscripción de los sentidos del pasado, de recuperación de huellas que derivan en derroteros otros, y señala los modos en que se resolverá el conflicto sociopolítico, ético y subjetivo que implica revisar el pasado dictatorial y su trama intrafamiliar —en tanto supone mirar el posicionamiento de madres y padres—, y posicionarse a su vez ante él. Obliga a sostener las implicaciones de la pregunta: “¿Y yo dónde estaba en esos años?” (Laura). En tal sentido, la infancia en la tensión con el conflicto político, no es meramente un emergente de las mediaciones familiares sino un punto de mira del sujeto. Como problema del adulto, empuja a una puesta en sentido del pasado y la identidad.

La continuidad o identidad del yo, como continuidad entre el yo pasado y el yo presente, emerge como un problema que intenta ser resuelto de maneras diversas en la narrativa biográfica o el trabajo identificatorio (Aulagnier, 1986). La construcción de imágenes estructurantes, la selección de episodios centrales de la propia niñez, confronta con la rememoración de las minucias cotidianas, las vivencias de los hechos sociales, la visualización de los escenarios de la vida y de las relaciones sociales en ellos desplegadas. Descentra así al narrador de la explicación de sí y de su identidad y ubican la narración en las formas de producción de subjetividad.

La dimensión filiatoria de todo trabajo biográfico enfrenta a los entonces niños con la responsabilidad de los padres. Qué hicieron o no hicieron, qué posición tomaron, con qué razones o excusas, no constituyen sólo tensiones edípicas, sino adquieren densidad histórica y política y por lo mismo, se despliegan en un trabajo específico. Es preciso sortearlas, incorporarlas al (auto)relato biográfico, hacer de ellas marca o silencio, no se dejan omitir como detalles nimios.

Muchos/as entrevistados señalaron una relativa incomodidad en tanto sus testimonios no podrían articular grandes recuerdos, sino sólo recortes por ellos/as mismos/as considerados menores. Esto es, las y los entrevistados reproducían la distinción entre público y privado, colocando “la dictadura” en lo público y a su vez, construyendo una posición de enunciación distanciada. Este hecho señala relación con dos cuestiones. Por un lado la dimensión emocional de la cotidianeidad y sus resonancias políticas y articulaciones con el poder, por otro el carácter peculiar de la memoria infantil de la dictadura. Las y los entrevistados repasaban en sus narraciones las minucias de la emocionalidad cotidiana, a la vez que señalaban su dislocación respecto a lo que —suponían— yo esperaba que me cuenten: aquello propiamente “dictatorial”. Relataban rememoraciones de lazos afectivos y relaciones asimétricas que integraban de maneras no lineales y sumamente complejas las formas

ideológicas dictatoriales sobre la estructura familiar y el lugar de la infancia. En ellas se desplegaban desde el presente conflictivas y sutiles evaluaciones afectivo-morales y políticas sobre el papel de los padres, pero en las que poco acontecía desde el punto de vista de la represión dictatorial. Permitían explorar las formas de emergencia de los tipos de sentimientos considerados apropiados: respeto, temor, amor filial. Objetos todos cardinales, “micro-nodos de poder” (Stoler, 2010) en las dinámicas de gobierno, los sentimientos son negociados en la esfera pública y experimentados a través del cuerpo (Berlant, 1999; Ahmed, 2006)⁴.

Tal elaboración filiatoria sostiene la construcción de una posición de enunciación peculiar. En efecto, el trabajo biográfico en clave de memoria permite desplazar cualquier pregunta por la responsabilidad ética y política a la posición de los adultos, dejando bajo una luz de inocencia la posición de quien narra. Como si el juicio –responsabilizador, invisibilizador o absolutorio– sobre los padres eximiera de reflexión sobre el acto de emitir u omitir el propio juicio. Una inocencia implicada⁵, que permite revisar hasta qué punto la dictadura es un trauma para aquellos que lo construimos, desde el presente y mediante políticas de la memoria, como tal (Alonso, 2007).

Parece posible pensar que los modos en que la experiencia infantil es puesta en biografía, recuperada como narrable desde el punto de vista adulto, señalizada como mojones e hitos, recuerdos recordables y transmisibles, señalan algo del trabajo de subjetivación que los y las miembros de una generación movilizaron para crearse una persona. ¿Cómo se tramita en esa narrativa biográfica la tensión política que se trama con el conflicto filiatorio?

Es probablemente este el aspecto más propiamente subjetivo de la memoria. Pero para dar cuenta de él es necesario sortear la tentación de sostener una teoría de la subjetividad que reduzca al sujeto a ser sólo y exclusivamente una posición discursiva. Es necesario integrar esa pregunta por la determinación con la importancia del afecto, el deseo y la imaginación, en tanto ni la conformidad, ni la resistencia, ni la internalización de la cultura dominante configuran la subjetividad de manera lineal ni mucho menos reducida a su dimensión racional o estrictamente volitiva (Braidotti, 2008). Claramente, la afectividad toma parte central en la reflexión sobre el pasado y en las ponderaciones éticas que los sujetos pueden hacer sobre el involucramiento, aquiescencia o resistencia de los padres.

Las aproximaciones más fluidas a la subjetividad no podrían dar cuenta por sí solas de tal complejo proceso de construir lo vivido, interpretarlo y juzgarlo. La búsqueda y reconstrucción identitaria permite considerar la premisa psicoanalítica de la revocación de una temporalidad lineal y sucesiva, mostrando el interés de una lectura de la memoria como continuidad del pasado en el presente, lo que otorga a la labor de memoria antes que la posibilidad de sutura de una narración total, la posibilidad de religazón (Boero y Marguch, 2011). De hecho, como señalara Aulagnier, la infancia es el reservorio de un fondo de memoria, seleccionado por el sujeto para construirse una identidad. Algunos sucesos cuya significación, cuyo carácter indicial, fueron captados sólo mucho después, son precisamente marcas directas en las que la dictadura emergía como un contexto siniestro pero natural, y concitaba alguna reacción de los padres, incluso si se tratara de un silencio ominoso. Estos sucesos no constituyen marcas identitarias en el sentido fuerte, sino que fueron preservados aún cuando son recordados como “agujeros de sentido”, esto es, como sucesos que permanecieron siempre disponibles, sobre los que no operó un olvido vivido como activo, sino más bien una relativa ausencia de interés, hasta que la información posterior permitió integrarlos. El recuerdo de una consigna política pintada en una pared céntrica, una explicación sobre una casa acribillada que se escuchó con incredulidad sin saber porqué emergía tal distancia respecto del relato, un exabrupto en un café, fueron emergentes recordados por las y los entrevistados como sucesos que entonces no se comprendieron, pero que cobraron sentido años después, y nunca fueron, en estricto sentido,

4.- El papel de las sensibilidades y los sentimientos en la emergencia de las concepciones modernas de infancia y su lugar en la distinción adultos – niños está en la base de la hipótesis de Ariès en relación a la invención de la infancia. A su vez, autores de denominado “giro afectivo”, han señalado el papel de los afectos y la intimidad cotidiana en la política y la infancia (Berlant, 1999).

5.- Agradezco a Bárbara Sutton por haber sugerido esta categoría para explicar la posición de enunciación de los entrevistados/as.

olvidados, aunque tampoco constituyeron pivotes sobre los que construir la memoria de lo dictatorial.

Las experiencias de aquellos niños, el trabajo de la memoria sobre tales experiencias, resulta un problema, en tanto “*no había nada para discutir*” (Mujer, 41 años), y se trata sólo de “*un modesto testimonio*” (Varón, 46 años), en los que poco sucede desde el punto de vista de la imagen de la represión dictatorial y la violencia de Estado. Las formas del recuerdo infantil muestran así la complejidad que adquiere la inscripción de la dictadura como experiencia subjetiva. Lejos de la linealidad de posiciones distribuidas entre la denegación, el consenso y la oposición, los sujetos muestran tensiones e imbricaciones que es necesario revisar en su valor analítico y no meramente descriptivo. En parte, en virtud del carácter mítico de lo infantil, no sólo en el sentido psicoanalítico, sino en relación a la propia narrativa biográfica: “esos mitos culturales que nos decimos a nosotros mismos o que nos son dichos, proveen esquemas para nuestro pensamiento y un mapa para nuestras acciones” (James, 2005:248). Tanto para sostener la imagen de un pasado idílico infantil rodeado por la represión dictatorial pero intacto, como para conformar la idea del desconocimiento y no involucramiento de los adultos, la mitificación del relato del pasado sirve también para constituir un lugar de enunciación en el presente, la suerte de implicación inocente ya mentada cuyas consecuencias políticas es requerido explorar. La pregunta por los modos de afectación emerge como problema político y subjetivo, ¿de qué modos es posible recuperar, en las formas de historiación personal, la interpelación a padres, tíos, abuelos, por su posible responsabilidad en el pasado? Es decir, ¿cómo horadar las representaciones sobre los propios padres como víctimas ignorantes de lo sucedido?, ¿cómo recuperar las formas en que es posible rastrear sombras de continuidad entre las posiciones políticas cotidianas y el discurso autoritario y las prácticas represivas?

Las continuidades dadas por el espacio de experiencias compartidas tanto de la dictadura como de la recuperación democrática, se inscriben en las discontinuidades de la coyuntura biográfica. La dictadura, la violencia política, la represión, el miedo, se tornan dispositivos vistos al trasluz, en donde la escena infantil, el recuerdo de infancia, aparecen o desaparecen con significaciones singulares y privadas o públicas y políticas. El sujeto infantil rememorado y reconstruido desde el adulto es el del relato de los modos en que los sujetos vivieron y rememoran la imbricación de lo público en lo privado aportando tensiones a la conceptualización de los procesos de producción de infancia y las culturas políticas de infancia.

BIOGRAFÍAS INFANTILES E INSTITUCIÓN DE INFANCIA

El carácter mínimo, el tono menor de los sucesos recordados, su secundariedad respecto de la algarabía y la cotidianeidad infantil sin mayores complicaciones, se vincula con un modo particular de procesamiento del mundo desde la perspectiva infantil. Como señalara uno de los entrevistados, “*cuando sos chico todo lo convertís en juego*” (Varón, 47 años). Este hecho puede permitir situar algunos temas que salen del ámbito del pasado reciente y da lugar, creo, a una conexión con el tratamiento institucional de las experiencias infantiles, y con el carácter prepolítico que se asigna a los niños en las interacciones sociales.

El carácter construido de la narrativa biográfica pone en primer plano el hecho de que la voz infantil, concepto central al campo de estudios, emerge en interacciones y de relaciones sociales, y utiliza los lenguajes disponibles para presentar interpretaciones de sí, que se tornan legibles para las instituciones, válidos, a partir de ese lenguaje y estructura narrativa que se acomoda a sus expectativas de normalidad. Esto es, la “voz” no preexiste a la interpelación, no se encuentra en alguna interioridad subjetiva, ni en un tiempo prehistórico de determinaciones persistentes —en lo que parece consistir “lo infantil” desde algunos puntos de vista.

Pero además, el carácter de construcción de tales narrativas pone de relieve que los sucesos que “producen” acontecimientos biográficos, no son inevitablemente aquellos señalados por la suerte de oráculo que constituyen los marcos institucionales devenidos tecnologías de comprensión de la infancia. En tales narrativas institucionalizadas de la experiencia del otro (Sabsay, 2008) la totalización de la identidad así producida se pre-

senta bajo la forma amenazante de la explicación de las causas de la biografía, en la que el sujeto ilumine cada rincón de la historia, sin dejar nada incierto, nada en las sombras.

Esto es, resulta muy difícil desde la perspectiva institucional captar el carácter discontinuo, desde el punto de vista del sujeto, de una dimensión experiencial considerada “traumática” —la pobreza, la violencia en la familia, la violencia social y política, etc. En efecto, desde el punto de vista de la intervención institucional tiende a suponerse un sujeto recortado desde la interpelación programática, y resulta difícil apreciar las rugosidades cotidianas de la experiencia subjetiva y la fluidez del tiempo biográfico. Más aún, en los programas estudiados en otras investigaciones⁶ esa dimensión traumática tiende a totalizar la experiencia del sujeto y se supone al mismo, paradójicamente, como sujeto de una biografía-ahistórica. Es decir, la temporalidad subjetiva supuesta por las instituciones, es resultado de colapsar el futuro en una biografía pasada, en la que se condensan las determinaciones del sujeto y se resta así el carácter historizado y relativamente contingente del trabajo biográfico (LLobet, 2012). Incluso la conflictiva noción de “trauma” ganaría riqueza explicativa al ser resituada a partir de recortar los contextos de experiencia y la idea más sugerente de “afectación”⁷.

Como señalara Walkerdine (Blackman, Cromby, Hook, Papadopoulos, & Walkerdine, 2008), la subjetividad es siempre parcial y no-lineal. Es incompleta porque existe sólo en el presente en el despliegue de la materialidad corporal, y es no-lineal porque interrumpe la determinación del presente por el pasado, esto es, la subjetivación limita la colonización del presente. No es posible una auto-comprensión absoluta, los sujetos no podemos dar cuenta de las determinaciones que nos hacen ser quienes somos. El trabajo biográfico implica entonces un constante esfuerzo por hacer(se) una identidad (Aulagnier, 1986). Ese devenir es una amenaza permanente de extrañamiento, y en la memoria se enraizan tanto un lugar en la genealogía y el parentesco, como un capital fantasmático que permita “una palabra apta al afecto”, un lugar al deseo. Este orden de afectividad y deseo, de incertidumbre elemental de la subjetividad, provee de una lente particular al trabajo sobre la memoria de la infancia, en tanto implica una revisión de las posiciones de los padres en el contexto dictatorial, a la vez que la construcción de una posición de enunciación.

La noción de subjetividad política infantil o agencia requiere, a la luz de tales consideraciones, mayor exploración, en tanto parece posible problematizar dos supuestos teóricos. Por un lado, la tendencia a atribuir un carácter relacional a las posibilidades de agenciamiento infantil, esto es, la presuposición del vínculo intergeneracional como soporte para el despliegue de la agencia infantil. O bien, la centralidad de la cultura de pares (Corsaro, 2005) como espacio relacional de emergencia de la subjetividad política. A su vez, reenmarca la discusión sobre la socialización al problematizar su vinculación con la transmisión (Fried, 2011).

En las narraciones de las/os entrevistados, aparecen sugestivamente momentos “a espaldas” de los adultos y de otros niños, momentos de invisibilidad de los niños en los espacios reservados supuestamente a adultos en los cuales accedían a conocimientos de gran relevancia para la posterior comprensión del contexto, o para la propia formación política e ideológica futura. La alteración de las fronteras entre mundo adulto y mundo infantil, y el desplazamiento de los niños a través de espacios sociales supuestamente vedados, han sido analizados a partir de nociones como la de mediadores o intermediarios sociales (Schildkrout, 2002). El carácter ambiguo de la posición social de niños y niñas requiere así de una exploración más sistemática persiguiendo los efectos políticos de esa inestabilidad y recuperando las circunstancias y contextos en los cuales tal inestabilidad se fija y rigidiza: ¿cuándo y cómo los —entonces— niños aparecían transgrediendo distancias y normas sociales tácitas? La capacidad de niños y niñas de transitar entre fronteras sociales, culturales y lingüísticas, de adaptarse e interpretar, puede ser visto como algo inherentemente peligroso. En efecto, la maleabilidad de los niños infundió

6.- De asistencia a niños en situación de calle, de adolescentes en conflicto con la ley penal, de inclusión de niños/as y adolescentes socialmente vulnerables

7.- Cilimbini (2008) utiliza el término familiar «afectados» para señalar, de manera más específica que la que estamos usando aquí, a quienes han experimentado en diferentes grados la represión y el accionar de las Fuerzas Armadas y los grupos paramilitares. “Los *afectados* por la última dictadura militar, ya sea porque sus viviendas fueron “allanadas” o tenían prohibido circular por determinados espacios públicos, en algunos casos vieron secuestros u observaron indicios “siniestros”, son grupos poblacionales sobre los que se ha investigado poco.”

uno de los temores más persistentes del régimen dictatorial, que solicitó el celo de madres y padres en el control de maestros y maestras que pudieran “envenenar” con ideas antiargentinas a las y los escolares (por ejemplo, mediante la infame “Carta a los padres argentinos”). Pero a su vez, fue tal concepción sobre la maleabilidad y la ambigüedad de la posición infantil una de las razones que permitió que primara una concepción de la identidad como socialmente aprendida que justificara la supuesta re-educación de los niños a los que se apropió la identidad (Milanich, 2007) Villalta, 2014).

CONSIDERACIONES FINALES

Según la tesis de Carli (2002) analizar la posición de los niños en un momento histórico determinado, permite analizar las culturas políticas y escolares de ese mismo contexto. En este sentido, la infancia, como categoría, es siempre un laboratorio en que se establecen los acuerdos de reproducción social. Por su parte, la pregunta por la vinculación de la infancia con las instituciones requiere que la historia cultural se pregunte por las modulaciones que establecen las formas familiares, el espacio público, los medios, etc., en las identidades infantiles (Carli, 2011).

Lo infantil inquieta como un territorio crucial en la disputa entre reproducción y transformación del orden social. En esa línea, me interesa colocar una mirada en las maneras en que, durante la última dictadura, la infancia fue experimentada en el continuo de la vida cotidiana, y es rememorada y puesta en sentido desde el presente. Asimismo, el proyecto dictatorial se dirigía a modelar/nos utilizando una batería de estrategias y dispositivos culturales cotidianos que excedían el recurso al terror. Desnudar la multivocidad de experiencias infantiles reconstruyendo lo común y lo singular, revisando las trazas del autoritarismo en el gesto mínimo y el contexto inesperado, visibilizar por fuera de las categorías de trauma y víctima las prácticas de producción de subjetividad y aquellas dimensiones vivenciales o experienciales que se recortan como motivos o analizadores, revisando su lectura en una temporalidad doble (biográfica y social) y compleja, son aristas a problematizar.

La recuperación de la narración de la experiencia infantil puede permitir revisar la opacidad de la presencia ominosa del terrorismo de estado en tanto “contexto”, y seguir sus trazos en el andamiaje de la vida cotidiana. A su vez, ello presenta el riesgo de tomar como evidentes las identidades de aquellos cuya experiencia está siendo documentada, asumiendo el carácter infantil de la narración y operando una suerte de colapsamiento del hiato temporal y la elaboración biográfica que el mismo significa. Ubicar las resistencias fuera de su construcción discursiva y dialógica, haciendo real a la agencia como un atributo inherente de los individuos, es un riesgo presente en los estudios de infancia en general. Cuando se toma a la experiencia como el origen del conocimiento, la visión del sujeto individual se convierte, erróneamente, en el basamento de evidencia sobre el que se construye la explicación (Elizalde, 2008). En este sentido, es útil apelar al psicoanálisis, ya que como recuerda Bleichmar, toda tópica psíquica es desde el principio intersubjetiva (1993). La asimetría involucrada en esta incorporación de la experiencia infantil a la institución de los adultos es constitutiva del sujeto infantil.

La recuperación de los procesos de producción subjetiva en las narraciones sobre la experiencia infantil en el contexto dictatorial, permiten revisar la construcción de la infancia en la tensión entre dimensiones subjetivas y sociales, y entre dinámicas de reproducción social y de transformación o resistencia. Los modos de procesamiento y resignificación específicos —entonces y a posteriori— de la violencia, el autoritarismo, los silencios y sin-sentidos; las formas de visibilización de lo cotidiano, de las relaciones sociales —entre pares e intergeneracionales— de las prácticas cotidianas, son los puntos de clivaje a partir de los cuales problematizar las formas de considerar los procesos de construcción de lo infantil. El trabajo de la memoria es una puesta en sentido a posteriori, es un proceso de historización personal que es al mismo tiempo la construcción de posiciones identitarias establecida desde miradas que problematizan las mediaciones adultas sobre la experiencia infantil, en diálogo con el presente, con los debates políticos actuales, con el “estado de cosas” en relación con el pasado reciente (Traverso, 2007). En tal sentido, el contexto político de los derechos humanos como política de estado y

a su vez como condición de posibilidad para preguntas como las de esta investigación impone una suerte de peso analítico que es necesario deslindar. Las intensiones del presente, los debates actuales, informan las lecturas del pasado que son expresadas en las entrevistas, posicionan juicios sobre el presente que “se dicen” sobre el pasado. No obstante, no oradan las tensiones biográficas y filiatorias, las modulaciones subjetivas en las que lo dictatorial toma cuerpo o es elidido. La propia acción de narrar, no obstante, no es sin consecuencias. Traspasado el mito de la transparencia, esto es, el de un discurso que no sabe que narra y advertidos de la dificultad por hacer “emerger al otro” (Robin, 1996), será posible a través de los recuerdos, observaciones, relatos introspectivos, sentar las condiciones para dar cuenta de los registros de la experiencia subjetiva de aquellos, entonces, niños y niñas.

BIBLIOGRAFÍA

Abal Medina, P. (2007). Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau. *KAIROS. Revista de Temas Sociales.*, 11(20), 1–11.

Alonso, L. (2007). Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica. Reflexiones en torno a Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción, compilado por Marina Franco y Florencia Levín. *Prohistoria*, Año XI(11), 191–204.

Aulagnier, P. (1986). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo: del discurso identificante al discurso delirante*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Berlant, L. (1999). The Subject of True Feeling: Pain, Privacy, and Politics. In *Cultural Pluralism, Identity Politics, and the Law* (pp. 49–84). Michigan: The University of Michigan Press.

Bjerg, M. (2012). *El viaje de los niños. Inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la Segunda Posguerra*. Buenos Aires: Edhasa.

Blackman, L., Cromby, J., Hook, D., Papadopoulos, D., & Walkerdine, V. (2008). CREATING SUBJECTIVITIES. *Subjectivity*, 22, 1–27. doi:10.1057/sub.2008.8

Braidotti, R. (2008). In Spite of the Times: The Postsecular Turn in Feminism. *Theory, Culture & Society*, 25(6), 1–24. doi:10.1177/0263276408095542

Butler, J. (2011). *Mecanismos psíquicos del Poder. Teorías sobre la sujeción*. (Tercera Edición.). Madrid: Ediciones Cátedra.

De Certeau, M. (2000). *La Invención de lo Cotidiano. Artes del Hacer*. (Segunda Reedición.). México: Universidad Iberoamericana.

De Certeau, M., & Giard, L. (2003). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.

Foucault, M. (1989). *Vigilar y Castigar* (17ma. ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Fried, G. (2011). Collective Memory Transmissions of Forced Disappearance: Parental “Pedagogies of Horror” and Familial Narratives Across Generations in the Aftermath of Uruguay’s State Terror (1985–2001). In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone. Argentina, Chile, and Uruguay* (Lessa, Francisca and V Druliolle.). New York: Pallgrave Macmillan.

- Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today*, 29(1), 103–128. doi:10.1215/03335372-2007-019
- Kaiser, S. (2005). *Postmemories of Terror*. New York: Pallgrave Macmillan.
- Llobet, V. (2011). “Las políticas para la Infancia y el enfoque de derechos en América Latina. Algunas reflexiones sobre su abordaje teórico.” en *Fractal: Revista de Psicología*, v. 23 n. 3, ISSN: 1984-0292 pp. 447-460, (443-664) Set-Dic 2011, Niteroi, Universidade Federal Fluminense. <http://www.uff.br/periodicoshumanas/index.php/Fractal/issue/view/177/showToc>
- Llobet, V. (2014). “¿Y vos qué sabés si no lo viviste?”. Infancia y dictadura en un pueblo de provincia, en *Revista A Contracorriente*. John Hopkins University. En prensa.
- Milanich, N. (2007). Whither Family History? A Road Map from Latin America. *American Historical Review*, 439–458.
- Portelli, A. (2007). *The Order Has Been Carried Out. History, Memory, and Meaning of a Nazi Massacre in Rome*. New York: Pallgrave Macmillan.
- Radstone, S. (2008). Memory studies: For and against. *Memory Studies*, 1(1), 31–39.
- Rodriguez, M. G. (2009). Sociedad, cultura y poder: la versión de Michel de Certeau. Papeles de Trabajo. *Revista Electrónica Del Instituto de Altos Estudios Sociales de La Universidad Nacional de General San Martín.*, 2(5), 1–13.
- Ros, A. (2012). *The Post-Dictatorship Generation in Argentina, Chile and Uruguay. Collective Memory and Cultural Production*. New York: Pallgrave Macmillan.
- Sarlo, B. (2007). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Scott, J. (2001, Winter). Fantasy Echo: History and the Construction of Identity. *Critical Inquiry*, 27(2), 284–304.
- Serpente, A. (2011). The traces of “postmemory” in second-generation Chilean and Argentinean identities. In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone. Argentina, Chile, and Uruguay* (Lessa, Francisca and V Drulio-Ile.). New York: Pallgrave Macmillan.
- Traverso, E. (2011). *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires: Prometeo Libros.